

ción misma de la poesía, la que, a nuestro parecer, es «lo bello» en todo sentido.

Creemos que Olga Acevedo, buscándose a sí misma, se pierde ahora en torno de sí. Nosotros quisiéramos que se buscara directamente hacia adentro, hacia donde «esa rosa de fuego le encendió hasta las últimas raíces de la ofrenda». Ahí, en el lado izquierdo está la llama que cunde y cunde, y en la que se abrasa, sin quemarse, como el pájaro Fénix, la inquietud poética. Lo demás es cuestión de procedimiento y tiempo. Vale decir, de realización y depuración.—GMO. KOENNEKAMPF.



VIÑA DEL MAR. Poemas de *Oscar Jara Azócar*. (Prólogo de Augusto d'Halmar).

«Canciones de juventud», el primer libro de versos de este poeta, que hace cinco o seis años editara Nascimento, fué el anuncio de la obra más reposada y de más enjundia que es esta de ahora. Si había en su libro inicial, a la vez que aciertos prometedores, clara insuficiencia de forma, este «Viña del Mar» (1) muestra el largo camino andado y el provecho conseguido.

En firme ejercicio de sencillez, convencido de que el arte grande no es lo trascendente sino lo humano que emociona, Jara Azócar está muy cerca de lo que persigue. La elegante soltura de sus descripciones líricas queda a la vista en su «Viento del mar»:

Muerde y desgarrá el viento las aguas y los cielos,
empina y despedaza los collares de espuma,
gira en los hondos pliegues más negros de la noche,
cabrilla crispándose sobre la arena oscura;

(1) Imp. La Gratitud Nacional, Santiago, 1937.

encima de las rocas muertas tira rabioso
 puño de caracoles, de sal, de piedras ásperas,
 hincha desenfrenado las olas indolentes,
 se tumba balanceándose en la corriente trágica;
 desmenuza en la playa las alas del silencio
 con su cantar salvaje, cálido, turbulento,
 y se aleja sin rumbo, sin límite, sin rienda,
 rompiendo las trincheras del horizonte negro.

Sin carruseles, sin pájaros mecánicos, este libro no tendrá el aplauso de los que pretenden convertir la poesía en un confuso juego malabar. Sus imágenes son siempre claras y evocadoras, y aunque el motivo general de sus poemas—canto a la ciudad—balneario—no se presta para originalidades sorprendentes, el poeta ha conseguido el tono justo en las descripciones, sin caer en prosaísmos.

Jara Azócar es un poeta subjetivo, y cuando se aleje un poco de las realidades cotidianas, habrá de darnos la obra que deje en evidencia su temperamento y sus cualidades líricas.—C. P. S.



CANCIONERO DE BUENOS AIRES, por *Luis Cané*.

Ya es cosa que no se discute el lugar prominente que en la poesía de Argentina y de América ocupa Luis Cané. Su «Romancero del Río de la Plata», publicado en 1935, le situó entre los más altos valores líricos del Continente. La reputación que le dieran sus libros «Mal estudiante» (1925) y «Romancero de niñas» (1932), se afianzó con esta obra que quedará en la poesía argentina como la expresión más acabada del romance castellano. Porque es evidente que los romances de Leopoldo Lugones, tan difundidos a pesar de su mérito bien escaso, no